



De lo raro a lo tóxico: desajuste ecológico y disolución del sujeto en *Mugre rosa*, de Fernanda Trías

Eduardo López Feoli

Universidad de la República

<https://orcid.org/0009-0005-1708-8023>

Recibido: 23/01/2026
Aceptado: 27/04/2026

Resumen:

La novela *Mugre rosa*, de Fernanda Trías, construye un escenario de degradación ambiental en el que la toxicidad funciona no tanto como telón de fondo o acontecimiento excepcional, sino como una persistencia que organiza la experiencia cotidiana. Este artículo propone una lectura ecocrítica centrada en la noción de toxicidad atmosférica como régimen perceptivo, entendida como una materialidad difusa que altera la relación entre cuerpo, entorno y subjetividad. A partir de un diálogo con la ecocrítica material y con los aportes de una ecocrítica situada latinoamericana, el análisis examina cómo la novela desplaza la representación del paisaje hacia una lógica de inmersión en atmósferas contaminadas, donde el aire, los residuos y las algas tóxicas actúan como agentes narrativos. Para dar cuenta de esta experiencia, el trabajo desarrolla la noción de abyección ecológica, entendida como la imposibilidad de expulsar una materia invasiva que atraviesa los cuerpos, altera la percepción y desestabiliza los vínculos sociales. Desde este marco, el artículo relea el problema de lo raro en la tradición literaria uruguaya. En *Mugre rosa*, la extrañeza adopta la forma de un desajuste ecológico: emerge cuando el ambiente deja de ofrecer un soporte estable para la vida humana y se vuelve materialmente incierto. En ese desplazamiento, la novela ofrece una entrada especialmente fértil para pensar una ecocrítica uruguaya atenta a ecologías tóxicas, urbanas y posindustriales del siglo XXI.

Palabras clave: ecocrítica; literatura uruguaya; toxicidad atmosférica; abyección ecológica; lo raro.

From the Strange to the Toxic: Ecological Disruption and the Dissolution of the Subject in *Pink Slime* by Fernanda Trías

Abstract:

Fernanda Trías's novel *Pink Slime* constructs a scenario of environmental degradation in which toxicity functions not so much as a backdrop or exceptional event, but rather as an ongoing condition that organizes everyday experience. This article proposes an ecocritical reading centered on the notion of atmospheric toxicity as a perceptual regime, understood as a diffuse materiality that alters the relationship between body, environment, and subjectivity. Drawing on a dialogue with material ecocriticism and the contributions of a situated Latin American ecocriticism, this analysis examines how the novel shifts the representation of landscape toward a logic of immersion in contaminated atmospheres, where air, waste,

and toxic algae act as narrative agents. To account for this experience, the article develops the notion of ecological abjection, understood as the impossibility of expelling an invasive matter that cross bodies, alters perception, and destabilizes social bonds. From this perspective, the article reconsiders the problem of *lo raro* within the Uruguayan literary tradition. In *Pink Slime*, strangeness takes the form of an ecological disadjustment: it emerges when the environment ceases to provide a stable support for human life and becomes materially uncertain. In this shift, the novel offers an especially fertile point of entry for thinking about a Uruguayan ecocriticism attentive to toxic, urban, and postindustrial ecologies in the twenty-first century.

Keywords: ecocriticism; Uruguayan literature; atmospheric toxicity; ecological abjection; *lo raro*.

Do estranho ao tóxico: desajuste ecológico e dissolução do sujeito em *Gosma rosa*, de Fernanda Trías

Resumo:

O romance *Gosma rosa*, de Fernanda Trías, constrói um cenário de degradação ambiental no qual a toxicidade funciona não tanto como pano de fundo ou acontecimento excepcional, mas como uma persistência que organiza a experiência cotidiana. Este artigo propõe uma leitura ecocrítica centrada na noção de toxicidade atmosférica como regime perceptivo, entendida como uma materialidade difusa que altera a relação entre corpo, ambiente e subjetividade. A partir de um diálogo com a ecocrítica material e com os aportes de uma ecocrítica latino-americana situada, a análise examina como o romance desloca a representação da paisagem para uma lógica de imersão em atmosferas contaminadas, nas quais o ar, os resíduos e as algas tóxicas atuam como agentes narrativos. Para dar conta dessa experiência, o trabalho desenvolve a noção de abjeção ecológica, entendida como a impossibilidade de expulsar uma matéria invasiva que atravessa os corpos, altera a percepção e desestabiliza os vínculos sociais. A partir desse marco, o artigo relê o problema do raro na tradição literária uruguaia. Em *Gosma rosa*, a estranheza assume a forma de um desajuste ecológico: emerge quando o ambiente deixa de oferecer um suporte estável para a vida humana e se torna materialmente incerto. Nesse deslocamento, o romance oferece uma entrada especialmente fértil para pensar uma ecocrítica uruguaia atenta a ecologias tóxicas, urbanas e pós-industriais do século XXI.

Palavras-chave: ecocrítica; literatura uruguaia; toxicidade atmosférica; abjeção ecológica; o raro.

Introducción

En las últimas décadas, la literatura latinoamericana ha ensayado formas cada vez más complejas de narrar entornos degradados. En ellas, la crisis ambiental ya no aparece como un episodio extraordinario ni como un accidente externo a la vida social, sino como una condición persistente de la experiencia. Más que representar un desastre puntual, muchas de estas ficciones se detienen en la lenta instalación del daño: aire viciado, aguas alteradas, cuerpos exhaustos, hábitos que se adaptan a lo invivable. En ese desplazamiento, la ecocrítica ha dejado de leer «la naturaleza» solo como tema. Atiende también residuos, infraestructuras dañadas, materialidades difusas y formas de vulnerabilidad distribuidas de manera desigual. En el ámbito latinoamericano, esta inflexión ha exigido, además, marcos situados, atentos a la articulación entre toxicidad, desigualdad y vida urbana.

Dentro de ese horizonte, *Mugre rosa* (2020), de Fernanda Trías, ocupa un lugar particularmente fértil. La novela construye un mundo atravesado por vientos tóxicos, proliferación de algas, enfermedad, escasez alimentaria y deterioro de los vínculos, pero lo hace sin entregarse por completo a la espectacularidad de la catástrofe. Lo que se impone en sus páginas es, más bien, una atmósfera: una forma de daño que se respira antes de comprenderse y altera la relación entre cuerpo, percepción y ambiente. La crítica reciente ha leído esa potencia desde ángulos diversos, subrayando su figuración del Antropoceno, la centralidad de la toxicidad, la agencia de lo no humano y las temporalidades del cambio climático.

Este artículo dialoga con esa constelación crítica, pero propone un énfasis específico. Sostengo que, en *Mugre rosa*, la toxicidad funciona no solo como motivo temático o como figura del colapso contemporáneo, sino también como condición atmosférica que reorganiza la experiencia narrativa. Para nombrar esa lógica propongo la noción de abyección ecológica, entendida como la imposibilidad de expulsar una materia invasiva que se adhiere a los cuerpos, atraviesa los espacios y vuelve incierta la frontera entre lo propio y lo ajeno.

A partir de esa lectura, este trabajo relea, además, el problema de *lo raro* en la tradición literaria uruguaya. Más que afirmar una reconfiguración total de la categoría, propongo que la novela ofrece una inflexión ecológica de esa tradición: una forma de extrañeza que surge cuando el ambiente deja de funcionar como soporte silencioso de la vida y se vuelve una presencia inestable.

Desde esta perspectiva, el análisis se organiza en tres movimientos: primero, examina la construcción de una atmósfera tóxica; luego, indaga cómo esa condición reordena el vínculo entre cuerpo, afecto y vida cotidiana; por último, muestra de qué manera ese deterioro de la habitabilidad permite leer la novela como una variante ecológica de lo raro dentro de la narrativa uruguaya contemporánea.

I. Estado de la cuestión y marco de lectura

En los últimos años, la ecocrítica latinoamericana ha desplazado su foco. Ya no se concentra tanto en representaciones tradicionales de la naturaleza como en formas de conflictividad ambiental atravesadas por residuos, extractivismo, toxicidad, urbanización desigual y deterioro de las condiciones materiales de la vida. En ese marco, el interés ya no recae solo en los paisajes o en la figuración de ‘lo natural’, sino en tramas de violencia lenta que comprometen cuerpos, infraestructuras, recursos y modos de habitar. En esa línea, Gisela Heffes (2014; 2023) ha señalado la necesidad de pensar una ecocrítica latinoamericana atenta a la especificidad histórica y geopolítica de la región. Se trata de leer la cuestión ambiental en su articulación con biopolítica, desecho y gestión desigual del daño. Por su parte, la ecocrítica material ha ofrecido herramientas productivas para atender la agencia de la materia, la porosidad entre lo humano y lo no humano y la narratividad de entornos que ya no pueden ser entendidos como simples fondos pasivos de la acción (Iovino y Oppermann, 2012). En diálogo con estos desarrollos, la ficción del Antropoceno ha sido leída también como un laboratorio narrativo para ensayar nuevas escalas de percepción y temporalidad frente a crisis ambientales extendidas y difíciles de representar (Trexler, 2015).

En el caso de *Mugre rosa* (2020), la crítica reciente ha ido configurando un campo de lectura cada vez más visible. Juliana Piña (2023) propone entender la novela como una figuración estética del Antropoceno, subrayando la manera en que la prosa de Trías vuelve sensible una experiencia de devastación ambiental que afecta tanto la materialidad del mundo como la subjetividad de sus personajes. Pia Johansson (2023), desde una articulación entre ecocrítica y sociocrítica, destaca la centralidad de la toxicidad como principio organizador de la novela, tanto en relación con el ambiente como con la degradación de los vínculos y la enfermedad social. En una dirección próxima, Lina Barrero Bernal (2022) lee el hambre en *Mugre rosa* como síntoma de una crisis más amplia, donde el deterioro del cuerpo y la escasez alimentaria expresan una forma de descomposición ecosocial.

Otros trabajos han complejizado esta zona de lectura al desplazar el énfasis desde la ruina humana hacia la agencia de lo no humano y la temporalidad del daño. Olivia Vázquez-Medina (2023) ha mostrado cómo la novela articula desolación y vitalidad a través de una sensibilidad material que desestabiliza la centralidad del sujeto humano. Sergio Rosas-Romero (2025), por su parte, analiza la relevancia de las presencias no humanas —animales, restos de vida, corporalidades liminares— en la configuración del mundo narrativo, destacando la crítica al antropocentrismo que emerge de esa constelación. Puxan-Oliva (2025) introduce un matiz particularmente relevante al vincular la novela con la marea roja o con las floraciones algales nocivas. Su lectura muestra que *Mugre rosa* no solo imagina un escenario tóxico, sino que trabaja también con las temporalidades extendidas y desajustadas del cambio climático. En una dirección próxima, Mackey (2022) la inscribe dentro de un ecogótico rioplatense atravesado por ríos tóxicos, cuerpos mutados y una conciencia antropocénica naciente, y subraya que estas ficciones no solo exponen injusticias socioambientales, sino que también dejan entrever formas precarias de cuidado multiespecie.

Este conjunto de lecturas ofrece un marco sólido para pensar la novela de Trías en el cruce entre crisis ecológica, corporalidad y percepción. Sin embargo, todavía resulta productivo precisar de qué manera esa toxicidad opera no solo como tema o como trasfondo distópico, sino como una condición atmosférica que

reorganiza la experiencia narrativa. En ese punto se sitúa la hipótesis de este trabajo, que propone articular esas aproximaciones desde la relación entre materia, ambiente y régimen perceptivo en la novela.

Esa intervención requiere, además, poner en diálogo la lectura ecocrítica con la discusión sobre «lo raro» en la tradición uruguaya. Desde la formulación de Ángel Rama (1966), la categoría ha servido para nombrar una zona de desajuste respecto de los realismos dominantes y una sensibilidad refractaria a las clasificaciones estabilizadas. No obstante, trabajos posteriores han mostrado que se trata de una noción históricamente productiva, pero también movедiza, susceptible de redefiniciones y usos críticos diversos (Litvan y Uriarte, 2010; Benítez Pezzolano, 2020). En ese sentido, más que postular una reconfiguración total de la categoría, este trabajo propone leer la novela como una inflexión ecológica de lo raro: una forma de inquietud que no nace de la irrupción de lo extraordinario, sino del deterioro de las condiciones de habitabilidad y de la experiencia de una normalidad dañada.

II. Atmósferas tóxicas: aire, algas y percepción



Fig. 1. Fernanda Trías

En *Mugre rosa*, la toxicidad no se presenta bajo la forma de un foco puntual ni de un acontecimiento excepcional que altere desde afuera un orden previo. Lo que domina el relato desde sus primeras páginas es una condición atmosférica persistente. Una materia difusa que no siempre puede verse, pero que se adhiere a la garganta, vuelve sospechoso el aire y reorganiza la experiencia cotidiana. La crisis, en este sentido, no irrumpe: se acumula. Más que un episodio, se vuelve medio. La novela desplaza así la representación del desastre desde la lógica del evento hacia una inmersión en un ambiente contaminado, donde respirar ya no constituye un automatismo vital, sino una práctica de exposición. Ese pasaje resulta central para leer la obra desde una ecocrítica atenta a materialidades no espectaculares, cercanas a lo que Heffes (2014; 2023) identifica como ecologías latinoamericanas marcadas por residuos, desigualdad y normalización del daño ambiental.

La novela insiste en la imposibilidad de separar el cuerpo del entorno. La contaminación, los residuos, las algas tóxicas y el aire viciado no aparecen como elementos exteriores al mundo narrado, sino como parte de su cotidianeidad; la extrañeza emerge cuando aquello que debería sostener la vida comienza a erosionarla. En ese punto se cifra una de las operaciones centrales del texto: el ambiente deja de ser fondo y pasa a intervenir sobre la percepción y la supervivencia.

La toxicidad atmosférica funciona en la novela como un régimen perceptivo que reconfigura la relación entre cuerpo, entorno y subjetividad. El aire, más que contexto, es una sustancia que se siente antes de comprenderse, una presencia que invade sin ofrecer un objeto preciso contra el cual defenderse. Esa cualidad evasiva del entorno se condensa en la descripción de la neblina como una materia «que, sin ser sólida ni líquida, oscura ni transparente, anula todas las cosas» (Trías, 2020, p. 165). La formulación importa porque suspende oposiciones básicas —sólido/líquido, oscuro/transparente— y convierte la percepción en una zona de indeterminación. Algo similar ocurre cuando el cielo aparece con «ese tinte brillante, como de carne cruda chorreando su jugo sobre nosotros» (Trías, 2020, p. 36), imagen que vuelve imposible separar meteorología, materia orgánica y amenaza ambiental. El aire deja de funcionar como medio neutro y se carga de una viscosidad casi corporal. Iovino y Oppermann (2012) resultan útiles para pensar este punto, porque su propuesta de ecocrítica material permite leer la materia contaminada como instancia dotada de agencia narrativa, capaz de afectar ritmos, cuerpos y formas de inteligibilidad.

En esta misma dirección, Johansson (2023) observa que, en la novela, la toxicidad se materializa tanto en la naturaleza como en los cuerpos humanos y en los espacios, hasta expandirse hacia una dimensión simbólica que alcanza también las relaciones sociales. Su lectura, aunque más general, confirma algo importante: la contaminación no actúa solo como tema ambiental, sino como principio organizador del mundo narrado. La ciudad portuaria, lejos de ofrecer un marco estable, aparece como un territorio degradado donde los personajes pasan de contemplar la catástrofe a quedar absorbidos por ella.

Uno de los momentos más reveladores de esa absorción es la escena en que las algas toman el río y lo vuelven visualmente fascinante: el agua se tiñe de morado y rojo, la rambla se convierte en un lugar de contemplación, los niños aplauden y los adultos sacan fotos. Johansson (2023) llama la atención, con razón, sobre esta primera recepción estética del desastre: lo tóxico irrumpe también como espectáculo de color y de brillo, antes de consolidarse como amenaza material. Ese detalle importa porque muestra que la percepción no registra de inmediato el peligro. La belleza cromática del «mar en llamas» niega la violencia ecológica, sino que la vuelve inicialmente legible bajo una forma ambigua, entre asombro y desconocimiento. La novela sugiere así que la sensibilidad contemporánea no siempre dispone de categorías claras para reconocer la devastación cuando esta aún conserva apariencia de fenómeno extraordinario, incluso bello.

Puxan-Oliva (2025) complejiza todavía más este punto al leer *Mugre rosa* en relación con la marea roja y las floraciones algales nocivas. Su aporte resulta especialmente fértil porque desplaza la lectura del plano alegórico al de una materialidad ecosistémica concreta, atravesada por discursos científicos, climáticos y de gobernanza. Para este artículo, lo relevante es que ese trabajo permite pensar la temporalidad de la toxicidad como una duración expandida, de bordes inciertos. La contaminación no adopta aquí la forma de una catástrofe súbita, funciona como un proceso de sedimentación que altera hábitos, ritmos y expectativas. Esa temporalidad suspendida erosiona la diferencia entre crisis y normalidad: lo excepcional se vuelve rutina, y la rutina adquiere una cualidad ominosa.

Desde esta perspectiva, la atmósfera tóxica que organiza *Mugre rosa* puede pensarse como una forma de abyección ecológica. El concepto nombra, en este contexto, una experiencia precisa: la imposibilidad de expulsar una materia invasiva que atraviesa cuerpos, espacios y prácticas cotidianas. Lo abyecto no aparece solo como repulsión, sino que designa, más bien, aquello que se vuelve demasiado próximo, demasiado adherente, demasiado íntimo para ser aislado. En la novela, el aire se respira, la comida se sospecha, los objetos acumulan residuos invisibles. No hay un exterior limpio desde el cual observar el daño: todo ocurre dentro. Esa ausencia de distancia entre sujeto y entorno vuelve especialmente productiva la hipótesis de una ecología narrativa de la contaminación, en la que la amenaza no se contempla: se inhala, se ingiere, se soporta.

Esa inmersión tiene efectos formales y perceptivos. La toxicidad atmosférica no solo reorganiza el mundo representado, también afecta la forma en que ese mundo puede ser narrado. La fragmentación, la vacilación y el tono de fatiga que recorren la novela pueden leerse, en parte, como correlatos de un entorno que interfiere en la continuidad de la experiencia y vuelve opaca la posibilidad de proyectar futuro. El ambiente ya no sostiene: invade y desgasta. De ahí que el aire, las algas y los residuos funcionen como operadores narrativos que desajustan la relación entre percepción, memoria y mundo.

III. Cuerpo, hambre y desgaste

Si la toxicidad en *Mugre rosa* se instala como atmósfera, sus efectos se vuelven especialmente legibles en el cuerpo. La novela insiste en la fragilidad de la respiración, en la vigilancia alimentaria, en el cansancio y en la exposición diferencial al daño. En este plano, el deterioro ambiental no se limita a afectar el afuera, sino que también altera la economía íntima de la supervivencia. Respirar, comer, cuidar y desplazarse dejan de ser prácticas neutras y se convierten en gestos atravesados por incertidumbre, dependencia y amenaza. El cuerpo aparece así como una superficie vulnerable, incapaz de mantenerse al margen de las sustancias que lo invaden. Ya no es el lugar de una interioridad estable, sino el punto donde se inscribe la violencia lenta del entorno.

La lectura de Barrero Bernal (2022) resulta clave para este aspecto. Su análisis del hambre como síntoma de la enfermedad social en *Mugre rosa* permite advertir que la escasez alimentaria no solo actúa como marca de precariedad económica o de degradación material, sino también como signo de una crisis más amplia que compromete cuerpo, comunidad y mundo. El hambre no aparece solo como carencia fisiológica: expresa una descomposición ecosocial en la que la vida se reduce a administrar restos, latas, provisiones dudosas y rutinas de supervivencia. La economía simbólica de la novela condensa esa lógica cuando define la «mugre rosa» como «restos de carne magra de las partes más sucias del animal» (Trías, 2020, p. 31). No se trata solo de un alimento de baja calidad, sino de una imagen en la que resto industrializado y subsistencia se vuelven indistinguibles. Leída desde ahí, la alimentación en la novela no restituye equilibrio, exhibe el carácter dañado de toda continuidad vital.

Este desplazamiento evita leer la dimensión corporal de la novela en términos exclusivamente individuales o psicológicos. El desgaste no pertenece solo a la protagonista, aunque se filtre a través de su percepción; organiza un campo relacional en el que cuidado, enfermedad y dependencia se redefinen a la luz de una ecología tóxica. En ese sentido, Johansson (2023) acierta al señalar que la toxicidad de la novela se desplaza desde la naturaleza y los cuerpos hacia una dimensión simbólica que alcanza las relaciones familiares y personales. Se trata, entonces, de advertir que ambas se imbrican en una misma experiencia material del daño.



Fig. 2. Portada de la edición en español

La figura de Mauro concentra con especial intensidad esta zona del problema. Su presencia vuelve visible una corporalidad vulnerable, difícil de encajar en los modelos normativos de autonomía, productividad o autocontrol. Pero la novela no lo construye solo como emblema de fragilidad, también lo sitúa en el centro de una red de cuidados, tensiones y formas de proximidad que reordenan la subjetividad de la narradora. En este punto, el cuerpo deja de ser una unidad cerrada y aparece como un espacio compartido de exposición,

tacto, limpieza, alimentación y vigilancia. Rosas-Romero (2025) subraya bien este aspecto cuando analiza la comunicación no verbal, el contacto físico y los vínculos interespecie e intercorpóreos que se traman alrededor de Mauro. Su lectura permite ver que la novela no se limita a representar cuerpos dañados: también explora formas de relación que resisten, aunque sea precariamente, la lógica extractiva del Antropoceno. En esta misma línea, Mackey (2021) propone desprender el cuidado de sus marcos androcéntricos, capitalistas y antropocéntricos para pensarlo como una práctica de conexión antes que como simple reproducción de formas normativas de vida. Sin trasladar mecánicamente ese marco a *Mugre rosa*, la relación con Mauro permite leer el cuidado menos como restitución de normalidad que como sostén precario en un entorno tóxico que desborda los modelos convencionales de protección.

Desde aquí, la noción de abyección ecológica adquiere un espesor más concreto. Lo abyecto no remite únicamente a la repulsión ante la materia contaminada, sino a la experiencia de un cuerpo que ya no consigue afirmarse como límite estable. El aire se queda en la garganta, la comida se vuelve incierta, el entorno penetra en la respiración y en el apetito. La frontera entre interior y exterior se vuelve más tenue, más fatigada. En esa porosidad, el cuerpo deja de sostener una identidad segura y pasa a registrar la continuidad conflictiva entre ambiente y subjetividad. La degradación ecológica no rodea al sujeto: lo atraviesa.

El desgaste corporal, además, afecta la temporalidad del relato. Allí donde una ficción clásica de supervivencia podría organizarse en torno a la adaptación heroica o a la restauración de un orden mínimo, *Mugre rosa* insiste en una temporalidad agotada, sin épica. La repetición de tareas de cuidado, la búsqueda de comida, la administración de la exposición y la fatiga perceptiva producen una sensación de estancamiento que desactiva cualquier ilusión de dominio sobre la crisis. En ese sentido, la novela no organiza la crisis como clímax excepcional, sino como duración agotada, en sintonía con aquellas narraciones en las que, como observa Trexler (2015), las catástrofes pasan a formar parte de la vida ordinaria más que a interrumpirla de manera puntual. En eso reside parte de la potencia de la novela: no representa el colapso como excepción espectacular, sino como persistencia material de una vida sostenida entre residuos, enfermedad y falta de horizonte.

IV. Presencias no humanas y ambiente activo

Uno de los aportes significativos de la crítica reciente sobre *Mugre rosa* ha sido desplazar la atención de la ruina humana a la agencia de lo no humano. Esa perspectiva permite leerla no solo como relato de contaminación y encierro, sino también como una ficción en la que animales, algas, residuos, cuerpos liminales y entornos alterados disputan activamente el centro de la escena. En este punto, la ecocrítica material y los estudios pos-humanistas ofrecen herramientas para pensar un mundo narrativo en el que la experiencia humana ya no monopoliza el sentido.

Rosas-Romero (2025) muestra esto con claridad al analizar a las aves, el perro y Mauro como figuras decisivas para descentrar el antropocentrismo de la novela. Su argumento no se limita a inventariar presencias animales. Sostiene que esas formas de vida —junto con sus modos de comunicación y vulnerabilidad— constituyen un espacio de reflexión privilegiado sobre la relación humano/no humano en el marco del Antropoceno. Esa línea resulta productiva porque permite ver que la degradación ambiental en *Mugre rosa* no afecta a «la naturaleza» en abstracto, sino a una trama más amplia de existencias vulnerables cuya coexistencia redefine los términos de lo viviente.

En una dirección cercana, Vázquez-Medina (2023) subraya la tensión entre *vibrancy* y *desolation* en la novela, es decir, entre devastación material y persistencia de una vitalidad no humana que no puede reducirse a simple telón de fondo. Esa lectura ayuda a evitar un error frecuente: pensar el ambiente solo como ruina. En *Mugre rosa*, el mundo degradado sigue actuando, proliferando, mutando. Las algas avanzan, el aire transporta partículas, los restos se adhieren, los animales persisten o desaparecen dejando huella. El entorno es una presencia ambigua, irreductible a los marcos humanos de comprensión.

Mackey (2022) permite dar un paso más al inscribir esta figuración dentro del ecogótico rioplatense. Su lectura de *Mugre rosa* y «Bajo el agua negra», de Mariana Enríquez, muestra cómo ríos tóxicos, cuerpos mutados y protagonistas liminales condensan una conciencia antropocénica naciente, al tiempo que desestabilizan modelos antropocéntricos de percepción y control. Lo relevante para este artículo es que esa inscripción no agota la novela en una poética del horror: admite leer la inquietud ecológica también como una vía de acceso a formas de agencia no humana y a una ética precaria de cuidado multiespecie.

Este desplazamiento permite precisar mejor la hipótesis central del artículo. Si en la novela el ambiente deja de ser soporte, no lo hace únicamente porque se vuelva hostil al cuerpo humano, sino porque comienza a actuar según lógicas que exceden la medida humana. Trexler (2015) ha señalado, para la ficción del Antropoceno, que una de sus marcas consiste en desajustar las escalas de agencia, tiempo y responsabilidad con las que el sujeto moderno organizaba su experiencia del mundo. *Mugre rosa* participa de ese movimiento, pero lo hace desde una ecología urbana, tóxica y rioplatense, donde la alteración de la habitabilidad se vuelve sensible en lo mínimo: respirar, tocar, cuidar, desplazarse, mirar el agua.

Desde aquí, la novela puede leerse como una narración en la que lo no humano no acompaña ni ilustra el drama humano, sino que lo reconfigura. La materia contaminada, los animales y las algas cuentan. Incluso el residuo, esa sustancia que parece resto sin dignidad narrativa, interviene en la producción de sentido. La agencia distribuida del mundo narrado vuelve insuficiente cualquier lectura centrada exclusivamente en la interioridad de la protagonista. *Mugre rosa* pone en escena una ecología conflictiva de coexistencias forzadas, donde el ambiente ya no puede relegarse al fondo sin empobrecer la lectura.

V. Una inflexión ecológica de lo raro

Llegados a este punto, la discusión sobre lo raro puede formularse con mayor precisión. La novela de Trías no vuelve extraña la realidad porque introduzca una ruptura espectacular del orden, ni porque se entregue a una anomalía subjetiva desligada del entorno. La inquietud que recorre *Mugre rosa* surge, más bien, cuando el ambiente deja de sostener silenciosamente la vida humana y empieza a intervenir sobre ella de manera persistente e imprevisible. La extrañeza proviene de una cercanía excesiva: de aquello que estaba llamado a garantizar habitabilidad —el aire, el agua, el entorno— y comienza, en cambio, a erosionarla. Esa torsión permite releer la categoría de «lo raro» desde un ángulo distinto al que había organizado sus formulaciones más clásicas.

La referencia obligada sigue siendo Ángel Rama (1966), para quien «los raros» nombraban una zona de desviación respecto de la causalidad realista y de los marcos de inteligibilidad dominantes en la literatura uruguaya. Sin embargo, como muestra Benítez Pezzolano (2020), se trata de una categoría históricamente productiva, pero también desgastada. Sus reasignaciones y usos críticos impiden tratarla como un bloque intacto o autosuficiente. Esa advertencia resulta importante, porque permite evitar una afirmación demasiado enfática sobre una supuesta «reconfiguración total» de *lo raro* en *Mugre rosa*. Lo que la novela ofrece, más bien, es una inflexión ecológica de esa tradición: desplaza la extrañeza hacia el terreno del deterioro de la habitabilidad.

En ese sentido, la novela dialoga mejor con los replanteamientos contemporáneos del concepto que con una aplicación literal de la categoría heredada. Litvan y Uriarte (2010) ya habían mostrado, desde nuevas miradas sobre los raros uruguayos, que la noción requería ajustes para seguir siendo fértil frente a escrituras posteriores. *Mugre rosa* confirma esa necesidad, porque su forma de inquietud no depende de una rareza excéntrica ni de una subjetividad opaca en sentido tradicional, sino de una normalidad dañada. Lo extraño ya no es lo que se aparta radicalmente del mundo conocido, es el propio mundo cuando deja de responder a las expectativas de estabilidad que lo organizaban.

Trexler (2015) ayuda a precisar este movimiento. En la ficción del Antropoceno, el problema no radica solo en representar una crisis ambiental, sino también en la desproporción entre las escalas materiales del daño y los marcos perceptivos heredados para comprenderlo. *Mugre rosa* la hace visible al nivel de la vida cotidiana: la narradora sigue habitando espacios reconocibles, pero estos ya no garantizan continuidad ni inteligibilidad. El resultado es una forma de desajuste ecológico en el que la realidad no se vuelve fantástica ni sobrenatural, se vuelve incierta, opaca, difícil de habitar sin dejar de ser familiar.

A la luz de este recorrido, conviene entonces proponer una formulación más precisa: *Mugre rosa* puede leerse como una variante ecológica de lo raro dentro de la narrativa uruguaya contemporánea. La novela no abandona esa tradición de la extrañeza: la desplaza hacia el deterioro de la habitabilidad. Ya no se trata de registrar una anomalía separada del mundo ordinario, sino de mostrar cómo la ordinariedad misma se vuelve inquietante cuando el entorno se vuelve tóxico, poroso e inestable. En esa operación se vuelve visible uno de los desplazamientos más productivos del texto: hacer del deterioro ambiental no solo un tema, sino una forma de extrañeza.

Conclusiones

Este recorrido mostró que *Mugre rosa* representa la toxicidad no como acontecimiento aislado ni como simple trasfondo del relato, sino como una condición atmosférica persistente que reorganiza cuerpo, percepción y mundo. El aire viciado, las algas invasivas, la escasez alimentaria, el desgaste corporal y la presencia de lo humano configuran una ecología narrativa en la que el ambiente deja de funcionar como soporte de la experiencia y pasa a intervenir sobre ella. Desde esa perspectiva, la novela de Trías dialoga de forma productiva con la ecocrítica contemporánea e invita a una lectura atenta a materialidades urbanas, tóxicas y posindustriales, menos trabajadas que otras zonas de los marcos ecocríticos más difundidos.

La noción de abyección ecológica permitió nombrar, en este marco, la imposibilidad de expulsar una materia invasiva que atraviesa cuerpos, hábitos y espacios cotidianos. Su utilidad reside en volver legible una experiencia narrativa en la que la contaminación deja de ser exteriorizable. Lo tóxico no se contempla desde lejos: se respira, se ingiere, se soporta. Esa proximidad radical entre sujeto y ambiente explica, en buena medida, la fatiga perceptiva, la fragmentación del relato y la precariedad de los vínculos que la novela construye.

A partir de allí, el problema de lo raro puede releerse desde otro ángulo. Más que reconfigurar por completo una categoría central de la tradición uruguaya, *Mugre rosa* la desplaza hacia una experiencia de desajuste ecológico: la inquietud que emerge cuando el mundo deja de ajustarse a la medida de lo humano y la normalidad se vuelve materialmente dañada. En ese punto reside, acaso, la fuerza más singular de la novela. No convierte la crisis ambiental en alegoría transparente ni en catástrofe espectacular. Hace algo más incómodo: muestra cómo el entorno se vuelve extraño sin dejar de ser cotidiano.

Leída de este modo, *Mugre rosa* ofrece una entrada fértil para pensar una ecocrítica uruguaya atenta a formas locales del daño ambiental. Allí, residuos, aire contaminado, cuerpos vulnerables y ecologías urbanas degradadas exigen un vocabulario crítico menos orientado al paisaje contemplativo que a la experiencia de lo inhabitable. No se trata de convertir la novela en emblema de una tendencia, sino de reconocer en ella una inflexión significativa: un modo de narrar el presente cuando la amenaza ya no llega desde afuera, sino que se vuelve ambiente.

Referencias bibliográficas

- Barrero Bernal, L. (2022). El hambre como síntoma de la enfermedad social en *Mugre rosa* de Fernanda Trías. *Mitologías Hoy*, 27, 14-26. <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.927>
- Benítez Pezzolano, H. (2020). Ángel Rama y los raros. Ascenso y desvanecimiento de una categoría. *Revista Telar*, (25), 27-48. <https://revistatar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatar/article/view/493>
- Heffes, G. (2014). Introducción. Para una ecocrítica latinoamericana: entre la postulación de un ecocentrismo crítico y la crítica a un antropocentrismo hegemónico. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 40(79), 11-34. <http://www.jstor.org/stable/43854807>
- Heffes, G. (2023). *Visualizing loss in Latin America: Biopolitics, waste, and the urban environment*. Houston: Palgrave Macmillan.
- Iovino, S., y Oppermann, S. (2012). Material ecocriticism: Materiality, agency, and models of narrativity. *Ecozon@*, 3(1), 75-91. <https://doi.org/10.37536/ECOZONA.2012.3.1.452>
- Johansson, P. (2023). *La toxicidad en Mugre rosa: Bajo los postulados de la ecocrítica y la sociocrítica (Suecia)*. [Tesis de maestría, Universidad Linneo]. <https://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:1833849/FULLTEXT01.pdf>
- Litvan, V., y Uriarte, J. (2010). Raros uruguayos, nuevas miradas. *Cahiers de LIRICO* [en línea], 5. <https://doi.org/10.4000/lirico.372>
- Mackey, A. (2021). La reproducción más allá de la extinción: cuidados desintoxicados en ficciones antropocénicas latinoamericanas. *Tekoporá. Latin America Review of Environmental Humanities and Territorial Studies*, 3(1), 371-390. <https://doi.org/10.36225/tekopora.v3i1.125>
- Mackey, A. (2022). Aguas ambiguas: Encarnando una conciencia antropocénica a través del ecogótico rioplatense. *Revista CS*, 36, 247-287.
- Piña, J. (2023). (Pre)figuraciones estéticas del Antropoceno en *Mugre rosa* de Fernanda Trías, una poética en carne viva. *Heterotopías*, 6(12), 1-19. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/43567>

- Puxan-Oliva, M. (2025). Narrar la marea roja o floraciones algales nocivas como cambio climático: Usos de las temporalidades en *Mugre rosa* de Fernanda Trías y en informes científicos y de gobernanza. *Theory Now. Journal of Literature, Critique, and Thought*, 8(2), 162-185. <https://doi.org/10.30827/tn.v8i2.32041>
- Rama, Á. (1966). *Aquí. Cien años de raros*. Montevideo: Arca.
- Rosas-Romero, S. I. (2025). Presencias no-humanas en el fin del mundo. Animales y animalidad en *Mugre rosa* de Fernanda Trías. *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos*, 13(1), 33-53. <http://doi.org/10.37536/preh.2025.13.1.2700>
- Trexler, A. (2015). *Anthropocene fictions: The novel in a time of climate change*. Charlottesville: University of Virginia Press.
- Trías, F. (2020). *Mugre rosa*. Montevideo: Random House.
- Vázquez-Medina, O. (2023). Vibrancy and desolation in Fernanda Trías' *Mugre rosa* (2020). *Bulletin of Spanish Studies*, 100(5), 735–762.